



Fotografía: Decimos luz

Emilio Gerzain Manzo Lozano

Universidad de Colima

La luz está en el mundo. Entre la luz y la oscuridad se encuentra la humanidad, vuelta contraste, claroscuros. La luz hace la noche: por ella conocemos las estrellas, los cambios de la luna, los cometas, los amaneceres, las auroras boreales. Cuando la luz es tenue dentro de la habitación o en la penumbra de una caverna, nuestros ojos buscan el atisbo más pequeño para reconocer las formas. Una chispa de luz en medio de la noche es la vibración del sonido rompiendo el silencio.

La vista, sentido que nos introduce al mundo, capta los colores, los contornos para acercarnos al mundo. Un abrir y cerrar de ojos hace la diferencia entre la felicidad y la tristeza, entre la paz y la guerra, entre agitación y tranquilidad. Vemos el mundo de acuerdo al cristal de nuestra existencia, somos parte del viento del destino con el que dibujamos la existencia que deseamos. Cuando la imaginación sienta sus reales, cuando soñamos, las imágenes nos acompañan: podemos llamarlas colores, contraste, blanco, negro, absolutos e intermedios, existen. Un instante es suficiente para que, iridiscente, la vida nos llene. El color entonces viene en la respiración, en el pensamiento, en las canciones de amor, en el desamor que se llora por las madrugadas, todo existe porque hacemos imágenes.

Tal vez, la fotografía y el género humano existían en mundos paralelos hasta que se encontraron. Hombres y mujeres aprendieron entonces que el tiempo puede detenerse en cualquier instante o — expresado de otra forma— una fotografía capta el fluir eterno del tiempo y nos regala ese momento que nunca volverá del pasado, las imágenes impresas afirman el recuerdo, son el instrumento de la memoria para acercarse a nosotros en complicidad con la vista. Una sonrisa o un perfil hablarán cuando alguien remueva las páginas de un álbum o extasiará la nostalgia mirando la foto familiar y encontrará que en los ojos de la abuela reviven las miradas de sus hijos, que el tío, la tía, los primos se quedan para siempre en ese marco pendiente del muro. Son pues las fotografías, ventanas infinitas al infinito juego del tiempo y la memoria.

El fotógrafo es alquimista, el mago que hace de la luz y el contraste el discurso para enunciar milagros, encuentros, inicios, finales. Pareciera que pequeñas hadas vuelan en el resplandor de un flash y se metieran en quienes posan. Eso es. Ahí se inicia el prodigio: posar para la lente de una cámara hace que volvamos a ser, que busquemos dentro. El *clíc* es el inicio de la eternidad, por algo las fotografías se revelan, pareciera que al hacerlo descubren que tenemos entre la mirada y los objetos un velo tan tenue que no lo distinguimos. Por eso la fotografía se revela, por eso los sueños, los ojos, el color, las transparencias se confabulan para encontrarse. Entonces la fotografía es encuentro. Fernando Chávez tiene la llave de la puerta para todas las magias, el conjuro de los momentos que su lente maravillosa capta o acaso el mundo lo esperaba. ●